

Wesley, Lucas, nuestra iglesia y nuestra América

(5 de 5)



Dr. Justo L. González

CIEMAL
Costa Rica
2013

Wesley, Lucas, nuestra iglesia y nuestra América

(5 de 5)

Hace algunos años, cuando trabajaba en la traducción de las *Obras de Wesley*, me pareció necesario plantear la pregunta sobre la pertinencia de Wesley para nuestro día y para nuestra América. Esto es algo que no podemos obviar. Tenemos que seguirnos preguntando, cómo preguntaba yo entonces.

"¿Por qué Juan Wesley? ¿Por qué traducir y publicar las obras de un predicador y teólogo que vivió en Inglaterra hace ya más de doscientos años? Como decimos en nuestra lengua, “mucho ha llovido” desde que Wesley andaba por aquellos campos y ciudades de Inglaterra. En tiempos de Wesley, el ser humano no podía trasladarse a mayor velocidad que la del caballo. Hoy el caballo es casi el modo más lento de transporte que existe, y no nos parece extraordinario trasladarnos a mil kilómetros por hora. Wesley escribió sus obras a mano, con plumas que entonces todavía tenían razón de llamarse tales. Hoy yo me quejo si mi computadora es lenta, o si imprime lo que he escrito a menos de quince páginas por minuto. Cuando Wesley predicaba, no se le podía escuchar más allá del alcance de su misma voz. Hoy tenemos, no sólo sistemas de amplificación que nos permiten hablarles a multitudes de decenas de millares, sino también sistemas de comunicación y de transmisión que nos permiten hablarles a millones alrededor del mundo, y hasta en sus propias casas. Luego, la pregunta es válida: ¿por qué Wesley? ¿Por qué Wesley en estos sufridos y agitados primeros años del siglo veintiuno? ¿Por qué Wesley ante las enormes disyuntivas que se le presentan a nuestra América?"

A lo que respondía: "Afortunadamente, no soy yo quien en primera instancia debe responder a esa pregunta. La respuesta la están dando ya los millones y millones de personas en nuestro propio continente que son herederas espirituales de Wesley y del movimiento wesleyano. Puesto que la influencia de Wesley llegó a nuestras playas en una serie de oleadas, hay muchos grupos y tradiciones diferentes que representan esa influencia; pero todos ellos son herederos de Wesley."

Lo que quiero decir con esto es que quienes tomamos el nombre de "metodistas" debemos recordar que no somos sino una fracción de los herederos de Wesley en nuestra América. Ciertamente, fueron los metodistas—concretamente, los metodistas norteamericanos—quienes primero trajeron a Wesley a estas tierras. La historia es bien conocida, y no hay por qué repetirla. Baste decir que sus primeros éxitos tuvieron lugar en el contexto del conflicto político entre conservadores y liberales, y que estos últimos veían en el metodismo, así como en otras formas del protestantismo tanto americano como europeo, una fuente de apoyo contra los conservadores y su aliada, la Iglesia Católica Romana.

Y no olvidemos a los metodistas y otros wesleyanos procedentes del antiguo Caribe británico. El metodismo llegó a esa región en el 1760. A partir de allí, se ha expandido hacia el Caribe de habla hispana, según los habitantes de la región se han asentado o han sido trasladados a Panamá, Cuba, República Dominicana, Venezuela y Centroamérica, adonde han llevado sus costumbres y sus tradiciones wesleyanas.

Empero el principal impacto de la tradición wesleyana en nuestra América, al menos en cuanto a números se refiere, ha venido a través de los movimientos de santidad, y del pentecostalismo dentro de esos movimientos. A la primera oleada metodista siguieron otros grupos apartados del metodismo inicial como resultado de toda una serie de debates y conflictos en torno al tema de la santificación. Ya en vida de Wesley, la cuestión de la "entera santificación", como él la llamaba, fue motivo de amplias controversias. Tras su muerte, esas controversias no desaparecieron. Pero fue en los Estados Unidos, a mediados del siglo diecinueve, que la controversia llegó a su punto culminante. El metodismo tradicional, cada vez más adaptado a la cultura y las costumbres de la época, les parecía a muchos haber abandonado el énfasis wesleyano en la santificación. Muchos se quejaban de que se había dejado de predicar, no sólo la "entera santificación", sino prácticamente toda clase de santificación y de santidad. Como resultado de todo esto, los Metodistas Wesleyanos se separaron de los otros metodistas en el 1843, y en el 1860 los Metodistas Libres hicieron lo mismo. Además, surgió, principalmente dentro de la misma Iglesia Metodista, toda una serie de organizaciones para promover la santidad, y varias de esas organizaciones vinieron a formar iglesias independientes.

Pronto estos nuevos herederos de Wesley llegaron a nuestras tierras, donde han logrado echar raíces profundas. Varios de ellos cuentan con congregaciones numerosas, seminarios, colegios bíblicos, casas editoras y otros medios por los cuales se difunde entre nuestra población la tradición wesleyana.

Fue entre estas iglesias y movimientos de santidad que surgió el movimiento pentecostal contemporáneo, que por tanto es también heredero de Wesley. Ya a fines del siglo diecinueve, y entre personas fuertemente imbuidas de las doctrinas de las iglesias de santidad, comenzaron a aparecer testimonios de una experiencia intensa y súbita del Espíritu Santo a la cual se comenzó a llamar “bautismo de fuego”. Cuando se produjo el avivamiento de la calle Azusa, su impacto fue tal que muchas de las antiguas iglesias de santidad se vieron obligadas a decidir al respecto. La mayoría de ellas rechazaron lo que estaba sucediendo como obra del demonio, y hasta el día de hoy han continuado como iglesias de santidad no carismáticas o pentecostales. Pero muchos otros entre las iglesias santidad sí abrazaron el avivamiento, que a la postre les dio origen a las principales iglesias pentecostales.

Muchas de estas iglesias de santidad y pentecostales respondieron a las clases menos privilegiadas de la sociedad de un modo en que el metodismo más tradicional no había sabido responder. El metodismo más tradicional trajo consigo estructuras, métodos de gobierno y sistemas de financiamiento que se habían desarrollado en los Estados Unidos entre una clase media bastante más pudiente que las clases medias latinoamericanas, y ciertamente muchísimo más pudientes que las clases pobres y mayoritarias de nuestro continente. Por largo tiempo, y hasta fecha relativamente reciente, buena parte de ese metodismo más tradicional no supo ajustarse a las condiciones reales de nuestros países, y sobre todo de sus elementos más humildes. Los nuevos movimientos de santidad, y sobre todos los movimientos de carácter pentecostal, por el contrario, han traído consigo, y a veces han desarrollado en nuestra América,

sistemas de gobierno, métodos de financiamiento y prácticas culturales mucho más afines a las necesidades y situaciones reales de esas clases humildes, entre las cuales frecuentemente han avanzado rápidamente. Lo que es más, sospecho que en muchos casos las críticas que algunos de los evangélicos más tradicionales hacen de los nuevos movimientos, y su insistencia en distanciarse de ellos, se deben, en parte al menos, a un temor de que se les confunda con elementos menos educados o menos respetados dentro de la sociedad. Pero eso es harina de otro costal.

En todo caso, el punto que quiero recalcar es que toda esta gama de iglesias y movimientos muestra claramente que el impacto de Wesley sobre la vida religiosa latinoamericana ha sido significativo. Por tanto, hoy son millones las personas que, muchas veces sin saberlo, son herederas espirituales de Wesley y del movimiento metodista del siglo dieciocho. Por tanto, si volvemos a la pregunta que nos planteábamos al principio: “¿Por qué Wesley en español?” La respuesta está clara: Porque ya hoy en la América Latina son millones los hijos e hijas espirituales de Juan Wesley. Lo que es más, después del catolicismo romano, ninguna otra tradición cristiana ha hecho tanto impacto en América Latina como lo ha hecho la tradición wesleyana.

Todo esto implica que no somos nosotros aquí quienes tenemos que mostrar la pertinencia de Wesley para nuestro continente y nuestra cultura, pues esa pertinencia la muestran los millones de personas en nuestra América hispana que ya hoy son herederas de Wesley y del movimiento

que él inició. De igual modo, al tratar sobre el futuro de Wesley en nuestra América, hay que dejar bien claro que ese futuro no depende de nuestros pronunciamientos teológicos, y mucho menos de lo que pueda yo decir aquí esta mañana. Depende más bien de la pertinencia que esos millones de herederos de Wesley encuentren en su pensamiento y obra, y del modo en que ese pensamiento y obra les ayude a ser fieles en las situaciones en que les tocará vivir.

Dicho esto, cabe todavía preguntarnos: Cuando miramos hacia el futuro, hacia el resto de este vigésimo primer siglo que ya va avanzando, ¿qué contribución parece que Wesley ha de hacer a nuestra América? O mejor dicho, ¿qué podemos derivar de Wesley, que nos ayude a quienes nos llamamos sus herederos y herederas, a ser fieles en las horas en que nos tocará vivir?

O, dicho de otra manera, si es cierto que el impacto de Wesley en nuestra América ya es tal, ¿qué elementos dentro del pensamiento de Wesley han de contribuir más positivamente al futuro de nuestras tierras, y del evangelio dentro de ellas?

Cuando nos planteamos la pregunta de esta manera, lo primero que viene a nuestra mente es la doctrina wesleyana de la santidad. Desafortunadamente, en nuestra América, debido en parte a un énfasis en la justificación aparte de la santificación, se predica frecuentemente un evangelio trunco, que da a entender que basta con “aceptar a Jesucristo”, y que luego dice poco sobre lo que ello implica para nuestra vida individual y comunitaria. Esto se entiende, pues la predicación evangélica llegó a nuestras tierras en confrontación con otra versión del evangelio

que parecía decir que la salvación se alcanza por medio de las obras humanas. En aquellos primeros años de nuestra prédica, era necesario insistir en la justificación por la fe, para así redescubrir el gozo del amor gratuito de Dios.

Pero si bien ese énfasis en la justificación por la fe se entiende en su momento histórico, es menester que lo revisitemos y reconsideremos en medio de las nuevas circunstancias. Dejando a un lado el tema de hasta qué punto la prédica y las enseñanzas de la Iglesia de Roma han cambiado—tema importante, pero que nos llevaría lejos de la cuestión que nos ocupa—resulta claro que nuestra propia situación como evangélicos en nuestra América ha cambiado. Si hace unas décadas éramos quizá unas decenas de millares, hoy somos decenas de millones. Si hace cincuenta años nos parecía que la Iglesia Católica Romana era el gran telón de fondo sobre el que tenían lugar toda nuestra actuación y nuestra predicación como evangélicos, hoy el escenario es más complejo.

Pero esto tiene otra dimensión importante. En nuestra América, tradicionalmente cristiana, una de nuestras principales tragedias políticas ha sido que ese cristianismo no se ha traducido, como diría Wesley, en una “santidad social”. Desde tiempos de Cristóbal Colón, nuestros gobernantes se han llamado cristianos, y la inmensa mayoría de ellos han sido sinceros en darse ese nombre. Pero desde Colón hasta hoy, en la mayoría de los casos esos mismos gobernantes se han enriquecido a costa del pueblo, y poco o nada han hecho por defender a los indefensos—primero los indios, luego los negros, siempre los pobres. Y, si bien hace unas

décadas podíamos consolarnos diciendo que esto se debía a que esos gobernantes eran católicos, ya hoy no podemos decir tal cosa, pues ya ha habido en nuestra América un número de evangélicos en posiciones de autoridad y de mando, y la mayoría de ellos no ha dado muestras de que su fe les haya hecho mejores gobernantes, o menos explotadores, o mejores defensores de los indefensos.

Es preciso recordar la dimensión comunitaria de la santidad, según Wesley la entiende. Tenemos que afirmar, con Wesley, que “el evangelio no reconoce . . . ninguna otra santidad que no sea la santidad social”. Si bien es cierto que en nuestra América algunos de los herederos de Wesley hemos sabido mantener viva la llama de la santificación, también es cierto que con demasiada frecuencia nos hemos olvidado de esta dimensión social de la santidad. Así, hemos predicado y fomentado una santidad privada, interna, individualista. Nuestro santo prototípico es quien se aparta del común de las personas, al menos de las que no son igualmente santas, y se abstiene de toda una serie de vicios cuya lista nos es bien conocida. Pero esos vicios, al igual que la santidad que se les opone, son mayormente privados; cuando más, son vicios que afectan en primer lugar a quien los practica, y quizá a algunos de sus allegados.

Frente a tales actitudes, que a veces le atribuimos a Wesley y a la tradición por él comenzada, conviene que recordemos la insistencia de Wesley en el carácter comunitario y social de la santidad, al punto que llega a decir que la frase “santo solitario” ha de tener tanta cabida en el léxico cristiano como la frase “santo adúltero”. Ambas son contradicciones del carácter mismo

de la santidad cristiana. Si la última se opone a la pureza y la fidelidad que han de caracterizar la vida cristiana, la primera se opone a la solidaridad que también ha de caracterizarla.

Lo que esto querrá decir para el siglo veintiuno es que hemos de aprender y de practicar una vida de santidad en comunidad y para la comunidad—santidad dentro de la comunidad de los fieles, y santidad para la más amplia comunidad a la cual todos pertenecemos. La doctrina wesleyana de la santidad, correctamente entendida, ha de llevarnos más allá de cualquier santurronería privada e individualista, y llamamos a ser fieles en los ámbitos más amplios de la vida social, política y económica. En este sentido, una vez más el propio Wesley nos ofrece abundantes ejemplos en su oposición a la esclavitud, a los males del colonialismo, a la explotación de los pobres, y al despilfarro de los recursos económicos en lujos innecesarios mientras el común de la población pasaba hambre y miseria.

Empero esto a su vez nos lleva al tercer punto que es necesario recalcar sobre la doctrina wesleyana de la santificación. Se trata del tema, que Wesley tanto repite, de una santificación que se caracteriza por el amor, y por el amor en acción en pro de las personas más indefensas. Recordemos que Wesley siempre insistió en que la perfección cristiana no consiste en hacer o dejar de hacer esto o aquello, sino que es perfección en el amor. La santidad no consiste en obedecer una serie de reglas—aunque sí es cierto que las leyes de Dios nos dan dirección en cuanto al modo en que hemos de practicar el amor. La santidad consiste en actuar en base al amor, y en poner el amor en acción, especialmente en pro de quienes no tienen quien les defienda o proteja.

Así, por ejemplo, hemos citado los comentarios de Wesley acerca de la escasez de alimentos en Gran Bretaña, y cómo esa escasez se debía, según él, a los despilfarros de los ricos, a la avaricia de los productores de alcohol, y a la concentración de las tierras en manos de unos pocos terratenientes. Aunque en todos estos casos Wesley menciona a los culpables, y los señala claramente, al leer sus escritos al respecto se ve claramente que su motivación no es el odio hacia esos explotadores, sino el amor y la compasión hacia quienes sufren a consecuencia de las acciones de los poderosos. Lo que le preocupa no es tanto que alguien tenga millares de cuerdas de terreno, sino que alguien tenga que pagar por un huevo, cuando lo encuentra, más de lo que antes pagaba por una docena; que los pobres no puedan comprar harina para cocer pan, porque los empresarios licoreros están tomando una buena parte de la producción de trigo y dedicándola a producir licores; que la avena, en lugar de usarse para alimentar al pueblo, se dedique a alimentar caballos para los coches de lujo de los ricos. En todos estos casos, el amor que es esencia de la santidad se dirige primordialmente a quienes carecen de los medios para alimentar a sus familias.

O tomemos los casos de la intervención de Wesley en asuntos lejanos a su propia tierra. Cuando se enteró de las políticas coloniales que se seguían en la India, escribió una protesta vehemente contra el crimen de matar a millares de hindúes para que unos pocos ingleses pudieran enriquecerse. De igual modo, su protesta contra la esclavitud y el tráfico de esclavos fue uno de los factores que a la postre obligó al Parlamento inglés a prohibir primero ese tráfico, y luego la esclavitud en sí. Y en el caso de la rebelión de las colonias que hoy son los Estados Unidos, su

oposición a los rebeldes se debió en parte a que no mostraban el mismo respeto hacia los derechos de los negros que ellos mismos reclamaban para sus propios derechos. Si Wesley se sintió obligado a defender a los esclavos, fue precisamente porque no tenían quien les defendiera. Si se sintió obligado a defender a los hindúes, fue por la misma razón. Y lo más importante del caso es que Wesley no conocía a aquellos hindúes colonizados. A lo sumo, había visto algunos esclavos. Y mucho menos había visto las depredaciones y estropicios de los esclavistas en África o de los colonizadores en la India.

Lo que todo esto indica es que el amor que ha de mover a la acción no es ese sentimiento que normalmente llamamos “amor”, y que reservamos para las personas más allegadas a nosotros. De hecho, la mayoría de las personas a quienes Wesley conocía más de cerca eran ingleses de clase media. Fue en ese ambiente que se crió y educó. Las perspectivas que aprendió desde niño eran las de esa clase. Entre quienes apoyaban su ministerio había no pocas personas de amplios recursos económicos. En los medios en que Wesley se movía, había un gran orgullo por la expansión del poderío y del comercio británico en la India. Cuando Wesley dice que algunos le acusarán de antipatriótico por sus protestas contra la esclavitud y las prácticas coloniales, está citando lo que probablemente le decían muchas de esas personas a quienes conocía y amaba. Pero a pesar de todo eso, toma el partido de unos africanos y unos hindúes a quienes no conoce personalmente, que no saben quién él es, y la mayoría de los cuales ni siquiera son cristianos. ¿Por qué? Porque el amor cristiano, ese amor que es la base de la santidad y que se traduce en acción, no es un sentimiento de simpatía, ni siquiera una fuerte emoción

arrobadora, sino una disponibilidad y hasta una urgencia por ayudar a quien no tiene quien le ayude, por proteger a quien no tiene protección. No porque los demás no deban ser amados, sino porque el amor cristiano se traduce en justicia.

Cuando los herederos y las herederas de Wesley éramos apenas unos millares esparcidos por aquí y por allá en el vasto continente latinoamericano, se entendía el que practicásemos el amor dentro de una perspectiva más limitada. Después de todo, si en aquellos años hubiésemos tratado de intervenir en contra de las grandes injusticias de nuestra América, nuestra intervención hubiera sido fácilmente desoída. Pero hoy que somos decenas de millones, es hora de que empecemos a pensar en el modo en que hemos de utilizar el poder—quizá escaso, o al menos limitado, pero con todo y eso, poder—que nos dan los números. Hoy son cada vez más los lugares donde nuestro voto se ha vuelto importante. Esto nos enfrenta a nuevas oportunidades y nuevas responsabilidades. ¿Cómo hemos de ser fieles en esta nueva situación? Una vez más, me permito sugerir que Wesley puede servirnos de guía.

Si toda santidad es social, si la santidad consiste en el amor, y si el amor cristiano se actualiza en la defensa y protección de los débiles e indefensos, todo esto quiere decir que la santidad wesleyana tendrá un aporte importante que hacer a nuestra América en el siglo veintiuno, cuando sin lugar a dudas el punto número uno en la agenda será el desarrollo de una sociedad más justa—o, en términos wesleyanos, una sociedad más santa.

Pero no olvidemos que, si bien los herederos de Wesley en nuestra América somos millones, la inmensa mayoría de esos millones no son parte de lo que hoy llamamos la Iglesia Metodista. En buena parte de esa gran familia wesleyana, se sigue a Wesley en lo de la santificación personal, pero se le olvida en lo que se refiere a la santidad social. Esto quiere decir que, en la dimensión práctica, a quienes nos llamamos metodistas nos compete establecer relaciones más estrechas con ese otro contingente de la familia wesleyana. Por razones que se entienden, pero que no lo justifican, frecuentemente nos hemos desentendido de esos parientes en la fe. Con algo de exageración y bastante de caricatura, me atrevo a decir que casi nos hemos repartido la santidad wesleyana, dejándoles a ellos la dimensión personal y quedándonos nosotros con la social.

Pero hoy las cosas están cambiando. El crecimiento mismo del movimiento nos obliga a todos los wesleyanos a participar activamente en aquello de "extender la santidad por sobre toda la tierra". Y esto no solo a quienes nos llamamos metodistas, sino también y sobre todo a esa extensa familia wesleyana a que me he estado refiriendo, y que hoy por su mismo número se ha convertido en una fuerza social.

De igual manera, me parece que la visión amplia de la historia y de los designios divinos que aparece tanto en Lucas como en los escritos de Wesley es de suma importancia para nuestra misión hoy, y para la misión de toda esa vasta familia wesleyana que va mucho más allá del título de "metodista". Lucas coloca su mensaje en el contexto, no solo de la historia de Israel,

sino también en el contexto de la historia toda de la humanidad, desde Adán hasta sus días. Y la coloca dentro de un contexto político y religioso que incluye a Augusto César, a Poncio Pilatos, a Quirino y a Caifás. La historia de Lucas no es una historia de la salvación aparte de la historia de Israel, de la historia del Imperio Romano, o de la historia de la humanidad. De igual modo, parte de lo que como metodistas hemos de contribuir a la visión de nuestros otros parientes wesleyanos, y por tanto a su misión, es ayudarles a verse a sí mismos y a las iglesias a que pertenecen dentro del contexto de la historia más amplia de la humanidad, y en particular dentro de la historia de América Latina. Y, para recordar lo que dije antes, ni para Lucas ni para Wesley la historia es cosa del pasado, sino que es también cosa del presente, y sobre todo del futuro—de ese futuro desde el que Dios nos está llamando y hacia el cual nos está llevando.

En ese sentido, volviendo a Lucas y su libro de Hechos, casi oigo una voz de Macedonia que nos dice "pasa y ayúdanos". Esa voz me ha sorprendido frecuentemente. Por ejemplo, cuando preparábamos la edición de las *Obras de Wesley*, debo confesar que lo que yo imaginaba era que se venderían unos pocos juegos que se colocarían en unas pocas bibliotecas en seminarios y otros sitios semejantes, y que la mayor parte de la edición quedaría almacenada, para irse vendiendo gota a gota. Pero, para mi sorpresa, aquella edición rápidamente se agotó. Y se agotó, no porque se vendió entre metodistas, sino porque otros miembros de la familia wesleyana, más numerosos que nosotros, mostraron un deseo intenso de leer a Wesley. Tanto es así, que ya hoy no me sorprende lo que hace unos años me hubiera parecido increíble: encontrar entre la biblioteca de un hermano o hermana pentecostal, en algún rincón ignoto de

nuestro continente, toda una serie de los 14 volúmenes de las *Obras de Wesley*. Y ahora que en los EE. UU. La Asociación para la Educación Teológica Hispana prepara un curso en línea sobre Juan Wesley, ya no me sorprende el que la inmensa mayoría de quienes indagan acerca de ese curso, e insisten en que debe estar listo pronto, son hermanos y hermanas de tradiciones pentecostales.

Pero, ¡cuidado! La historia lucana del varón macedonio nos advierte que no siempre el llamado que escuchamos concuerda con su resultado. El varón lleva a Pablo y sus compañeros a unas mujeres que oran, y de entre ellas nace la iglesia de Filipos. Es un gran error pensar que, porque se nos llama a algo, el resultado será lo que esperamos o nos imaginamos. El llamado a compartir está ahí; pero lo que resulte de ese compartir no es decisión nuestra, sino del Espíritu Santo que dirige tanto el llamado como la respuesta.

Aquí también Lucas nos ayuda, sobre todo en lo que nos cuenta acerca del llamamiento de Pablo. Nos hemos acostumbrado a pensar de ese llamamiento como algo que le vino de una vez por todas, en el camino a Damasco. Pero no es así. El mandato en el camino es solo que vaya a Damasco. Después, en Tarso, Pablo recibe otro mandato a través de Bernabé. Más tarde, en Antioquía, el Espíritu la llama a su primer viaje misionero. Y en Troas le viene el llamado a Macedonia. Lucas no pretende que los apóstoles saben todo lo que su llamado implica, sino más bien que, según responden al llamado, Dios les sigue llamando.

Y lo mismo sucederá con el metodismo latinoamericano. El llamado que hoy recibimos, aunque es de Dios, no es todo el llamado de Dios. Lo que esperamos hacer, aunque lo hagamos en obediencia, no es todo lo que hemos de hacer. Si, como en el caso Pedro en casa de Cornelio, la misión es verdaderamente de Dios, ¡los misioneros mismos se sorprenderán!